

Política y medios: ¿en quién confiar?

José María Pasquini Durán

Organizada por las comisiones de asociados de las sucursales de Hurlingham, Villa Parque Caseros, Caseros Centro, José Ingenieros, San Martín, Villa Maipú y Villa Lynch, y con los auspicios del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos y el Banco Credicoop, se realizó una charla- debate con el periodista José María Pasquini Durán sobre el tema “Política y medios: ¿en quién confiar?”. La iniciativa, desarrollada el pasado 7 de mayo en San Martín, fue presentada por Edgardo Form, gerente institucional de IMFC, quien a la vez coordinó el posterior intercambio con el público. A continuación, brindamos la intervención del prestigioso columnista.

Hoy, como ustedes saben, nos hemos reunido para tratar una de las tantas contradicciones que tenemos en nuestro país. A pesar de lo que dice la Constitución reformada en 1994, confiamos más en los medios masivos de difusión que en los políticos. La Constitución dice que los partidos políticos son la espina dorsal, la columna central del sistema democrático, pero las encuestas de opinión ponen en duda esa afirmación: desde junio del '92 inexorablemente todas las encuestas concluyen en que la credibilidad pública se deposita, primero en el periodismo, luego en la Iglesia y, muy lejos, en los partidos y en el resto de las instituciones de la República. Cuando uno lee las encuestas, siempre hay que desconfiar de las verdades absolutas; cuando el encuestador habla de periodismo, a mi juicio no se refiere tanto a la institución de prensa, sino a determinados periodistas que tienen un grado de credibilidad, o a determinados medios que tienen este alto índice de confianza en la población.

Y quisiera esta noche hacerme las dos preguntas básicas: ¿por qué confiamos? y ¿por qué desconfiamos? Voy a empezar por la negativa, es decir, ¿por qué desconfiamos de los políticos?

Desconfianza universal

Podríamos hacer aquí un verdadero catálogo de acusaciones y críticas a la vida política nacional con las cuales quedaría justificada la desconfianza.

Una desconfianza que además es universal, porque no hay casi país alguno donde los políticos no estén severamente cuestionados por prácticas de corrupción o indiferencia hacia la suerte de sus votantes. Cuando uno lee que la gente partidaria de la re-reelección de Boris Yeltsin utiliza los mismos argumentos que los partidarios de Menem para justificar que su primer mandato no sea contemplado en la cuenta constitucional, hay derecho a pensar que hay una cierta universalidad en la actividad política que hace casi inexorables determinadas conductas.

En el ámbito local las expectativas populares en determinados candidatos, líderes o programas, han terminado - casi siempre- en decepciones, en frustraciones, por planes realizados por la mitad o directamente olvidados.

Quizás, en los últimos años, el Pacto de Olivos sea el testimonio documental más claro de esa confluencia de una vida política que parece desarrollarse al margen de todos nosotros.

Creo que hay una aceptación pública mundial y nacional de que vivimos una fuerte crisis de representatividad. Y cuando se habla de representatividad no se habla de votos, es decir, tenemos políticos que reciben una Innumerable cantidad de votos, lo cual parecería darles una cierta cuota de representatividad. De lo que hablamos es de la relación que hay entre la política y el movimiento social. Es decir, entre esos líderes políticos y sus representantes. Pero si reducimos la relación al voto, está claro que estamos reduciendo toda la dimensión política a un solo acto, casi administrativo, de la democracia

Esta crisis de representatividad se ha hecho mucho más fuerte en los últimos años, porque lo que se puede observar es que hay un vaciamiento, por la economía concentrada, de la capacidad política para decidir. Si uno Piensa en los últimos años - digamos para precisarlo desde el Rodrigazo en el '75, hasta el Tequilazo del '94—, la capacidad de decisión fue trasladada desde el ámbito de la política al ámbito de la economía. Y en el ámbito de la economía, a los grupos más concentrados, y en muchos casos transnacionales, que no están sometidos ni siquiera al mecanismo del voto.

Ninguno de nosotros elige a los presidentes de las corporaciones, a sus gerentes, a sus ejecutivos, a las burocracias de las finanzas internacionales, pero, sin embargo, ellos toman decisiones que nos afectan a todos como si fueran nuestros representantes efectivos.

Lejos de aquí

Este desplazamiento del eje de poder, desde la política a la economía, alejó las decisiones del ciudadano, presentándolas muchas veces como inalcanzables. Cuando la tasa de interés que se va a aplicar no se decide aquí, sino en un edificio en Washington, donde el francés Michel Camdessus, junto con la italiana Teresa Ter Minassian, con otros hombres y mujeres ajenos a nuestra vida colectiva, deciden por nosotros y los gobernantes nacionales. El ciudadano se va separando de ese centro de poder, porque no está cerca, porque no lo vota, porque no lo elige, porque siente que no puede influir en él. Y si a esto le sumamos el terror de la dictadura, observamos que así como la economía coloniza la actividad política del poder, el movimiento popular se despolitiza, cuestiona el poder pero no lo disputa. En los años 70 todo cuestionaba el poder, todo se relacionaba con el poder, hasta la relación privada de la pareja era percibida también como un asunto de poderes en conflicto. La actividad ideológico - política de cualquier centro social, un centro de estudiantes, un sindicato, un grupo cooperativo pensaba en la transformación del poder para hacerlo más equitativo, más justo, más ligado a la gente.

Hoy, el movimiento popular en su conjunto es una vasta actividad, donde participa muchísima gente de la más variada condición, librando batallas - pequeñas o grandes o medianas- referidas a objetivos cerrados en sí mismos, que se agotan en la reivindicación misma, se consiga o no, si ligar esa situación que se reclama con la composición del poder más alto de decisión en la vida política del país. Y así ocurre lo que habitualmente se llama democracia por delegación; la democracia no es algo que me pertenece y que yo realizo, sino que se la entrego a alguien para que él la haga posible, la mejore, la utilice, la desarrolle.

Es cierto que nuestra Constitución dice que el pueblo sólo gobierna por medio de sus representantes, pero éste es un concepto más institucional que político práctico. Esta es una manera de definir un método de funcionamiento de las instituciones republicanas.

Pero la experiencia internacional y mundial indica que si el ciudadano, si el pueblo, no se hace cargo de la vida democrática, ésta termina cerrándose a micromundos de conciliábulos en salones herméticos a los que sólo acceden algunas elites.

Los políticos viven su mundo y nosotros vivimos el nuestro. Y a veces uno los escucha hablar, aun a los mejor intencionados, y da la sensación de que viven en otro país, por lo menos en un país diferente al que uno vive.

Roles en crisis

Nadie está satisfecho de esta situación, ni los ciudadanos ni los políticos conscientes de sus deberes. Pero, sin resolverla, igual esperamos muchas veces que las soluciones vengan de los gobiernos o de los Estados, que han sido capturados por grupos de privilegio. Es decir, creemos poco en los políticos, desconfiamos de la actividad política, pero esperamos que nuestros representantes y la política resuelvan los problemas nacionales.

Esto nos lleva a una crisis de roles, porque ya no sabemos distinguir con claridad qué lugar ocupa cada quien.

Cuando en el concepto político predominante la calidad de explotador o explotado es sustituida por la de incluido o excluido, cambia sustancialmente la dimensión de los protagonistas del conflicto social.

Cuando uno tenía un explotador y un explotado, el protagonismo y el rol de cada uno en el conflicto social era muy claro y casi hasta esquemático.

Cuando uno piensa en incluido está pensando en una sociedad que no se define por sectores de clase, sino que se define por su pertenencia a un sistema. Y el excluido es el que está afuera del sistema. Pero el conflicto que hay entre los que están fuera y los que están adentro y, a su vez, entre los de uno y otro bando, no se expresa en términos claros.

El más nítido ejemplo de esto es cuando hoy se habla de clase obrera.

¿Hasta dónde llega este concepto? El que cobró una indemnización y se puso un maxikiosco, o compró un auto para trabajarlo como remise, o inició una pequeña explotación comercial por su cuenta; tipo que está sin empleo y vive malamente haciendo alguna changuita por ahí, de tanto en tanto, con un subsidio misérrimo o directamente de la caridad familiar o de sus amigos, todos y cada uno ¿son parte de la clase obrera? ¿les vamos a decir pequeño burgués, clase media, clase media baja? ¿Si mañana hubiera trabajo, ese dueño del maxikiosco, etcétera, volvería a su oficio inicial? Si nos reducimos a la idea anterior, de que el trabajador es el que tiene empleo, que el obrero industrial es el que trabaja en la industria y que éstos son los que están representados en los sindicatos, es obvio que el tamaño de la clase obrera, su dimensión político - cultural, su influencia, se han reducido en cantidades inmensas. Pero ¿cómo organizar a una clase obrera escindida en un increíble número de actividades individuales?

Hoy un paro industrial no altera la vida de la ciudad. ¿Quiénes pueden alterar la vida de la ciudad? Los trabajadores de los servicios. Si paran los transportes, los bancarios, los educadores, sí alteran nuestra vida. El paro metalúrgico, la discusión de un convenio metalúrgico que hace 20 años era un dato político sustancial cada vez que se iniciaba,

hoy es una rutina que casi no tiene registro en la prensa, porque no tiene peso específico; al margen de la actitud de la burocracia sindical, que se ha convertido en gerente de negocios, con prepagas, obras sociales, clínicas privadas, etcétera. También en la vieja época había burócratas, pero había un movimiento de clase fuerte, sostenido, que hoy no encuentra las raíces que antes lo sustentaban.

El más claro ejemplo son los desocupados. La idea de que haya un sindicato de desocupados nos muestra que los sindicatos, como tales, no son capaces de contener al conjunto de la clase obrera, no tanto por lo que califica respecto de vida activa como empleado en un determinado momento, sino por su propia condición de clase y, en consecuencia, los desocupados empiezan a buscar su propia organización. No sólo su propia organización; yo he dado charlas para sindicatos de desocupados en Santa Fe y ellos me plantean que inclusive están tratando de organizar una suerte de desocupados anónimos como los alcohólicos anónimos, porque se encuentran con que el desocupado que pasa varios meses sin conseguir empleo empieza a tener conflictos con su propia familia, que empieza a mirarlo no sólo como una carga pesada para todos, sino casi como un desocupado voluntario: pasan tantos meses, no conseguís trabajo; no puede ser, algún trabajo tiene que haber; lo que pasa es que no te gusta nada, que vos querés volver a lo de antes, etcétera. Y se han multiplicado, según los estudios que se han hecho, los casos de violencia doméstica en los hogares donde hay uno o más desocupados por largo tiempo.

Todo cambia

Es un fenómeno nuevo que nos obliga a pensar nuevos roles, no sólo de las instituciones, sino también de las relaciones entre la política y la sociedad. Pero esto no sólo ha pasado abajo, también ha pasado arriba.

Cuando uno analizaba la política 20 años atrás, pensaba, por ejemplo, si el nuevo gobierno iba a expresar a la burguesía industrial o a los latifundistas. Había gobiernos agrarios y había gobiernos industrialistas. Y el resto de la burguesía estaba subordinada a estos dos grandes grupos que competían por el poder.

Hoy, está claro para todos que el peso fundamental de este nuevo bloque es el capital financiero de origen anónimo transnacionalizado y especulativo.

Y el industrial que ha quebrado su empresa, pero ha salvado su plata, la ha invertido en tierras y se encuentra con el latifundista, que ha salvado su plata, en los directorios de los bancos o de los grandes centros financieros. Esto es lo que marca la pauta, no sólo aquí, también en Europa. Empieza fuerte debate sobre esto. Ustedes habrán leído que el 2 de mayo se lanzó 45 el Euro, la nueva moneda europea y también habrán leído que ese día, que pensaba ser un día de fiesta, en la que los jefes de Estado de Europa iban a anunciar esto, de pronto se complicó la situación y los jefes de Estado estuvieron encerrados desde el almuerzo hasta pasada la media noche tratando de resolver un conflicto muy grave que se había planteado entre Francia y Alemania.

¿Qué había detrás de este conflicto? Un debate acerca de cómo son los nuevos bloques de poder. Alemania sostiene que todo el poder que dan la nueva moneda y la integración económica europea tiene que estar manejado por la banca europea y Francia sostiene que las bancas no pueden ser autónomas, que el Estado es el que dirige a la banca y que el Estado debe conservar cierta autoridad para intervenir en la política eco-

nómica en general. Esta confrontación se expresaba en el mandato que iba a tener el presidente de la nueva banca europea; en el fondo, lo que se estaba tratando de determinar era cuál es la reacción del Estado frente a este nuevo bloque de poder internacional, donde predomina ese tipo de capital financiero.

Esto ha hecho que los cambios en la sociedad, derivados de este poder económico, de esta nueva reorganización industrial, de estos procesos de empleo y desempleo, de inclusión y de exclusión, hayan obligado también a modificar todos los criterios de la solidaridad social. En el mundo que llamamos desarrollado, es decir, en los países capitalistas líderes, la discusión hoy precisamente trata de determinar hasta dónde y cómo deberá expresarse la obligación de la solidaridad social del Estado. Hay que repensar mediante quién se relaciona un hogar con el Estado, si del hombre, de la mujer, de ambos, de todo el grupo familiar. Y además, hay que repensarlo en un Estado que, de acuerdo con el tratado de Europa pero con la orientación del capitalismo internacional, tiene límites muy precisos de gasto público.

Los conservadores directamente pretenden suprimir todo el gasto social.

Frente a esto, nosotros venimos sufriendo hace 20 años el predominio del pensamiento neoconservador, que dice que hay que suprimir la relación solidaria Estado- sociedad, a cambio de la grandeza burguesa. Nos prometieron un futuro de grandeza burguesa. El capitalismo se iba a desarrollar y la sociedad tenía que pagar un precio inevitable para este desarrollo, pero iba a haber lo que Menem llama el ingreso al Primer Mundo. Pasábamos de ser países subdesarrollados a ser países emergentes del desarrollo capitalista.

Lumpen-burguesía

Hoy, con 20 años de ejercicio de este pensamiento y de esta práctica política y económica, nos encontramos que en lugar de la grandeza burguesa se ha desarrollado una especie de lumpen - burguesía que cree solamente en el enriquecimiento y el poder fáciles. Su expresión más clara aquí es lo que llamamos menemismo, esos exhibicionistas que aparecen en las crónicas policiales o en las crónicas sociales. Ese mundo, esa lumpen-burguesía, es lo que nos ha quedado y esto nos obliga a pensar que, además de reorganizar la desbandada social, en primer lugar de la clase obrera, tenemos planteado como sociedad la tarea de construir una clase dirigente moderna, una nueva burguesía de hecho, como condición para resanar al país, para que la política vuelva a ser un elemento confiable en nuestras vidas.

Y, por lo tanto, cuando uno piensa en sus ideas, y se piensa como izquierda, se encuentra con que el éxito paradójico que uno podría conseguir en este momento sería que la Alianza sea una burguesía verdadera y asuma las tareas de desarrollo capitalista. Pero esto hace pensar que ese éxito no sería de los sindicatos y de la clase obrera, porque en la medida en que la Alianza sea un gobierno de la burguesía verdadera, no será un gobierno de la clase obrera. Estará enfrentado a los sindicatos, etcétera. ¿Por qué? Porque, inevitablemente, si esta expectativa política se tiene que correr al centro, no se corre al centro político, se corre al centro institucional que es el Estado. Y en el Estado todavía sigue litigando el establishment y todo el resto de la sociedad.

El Estado, el lugar donde se instala esta nueva clase dirigente, los representa a todos. O sea, a veces se inclina para un lado y a veces se inclina para el otro. Y esto es eviden-

te cada vez que la Alianza tiene que ponerse frente a temas como la reforma laboral, o la deuda externa, o las imposiciones del Fondo Monetario, o las demandas de los inundados, etcétera. Pero sin hacer esto, pareciera que es imposible recuperar la confianza en la política, estamos - por decirlo así- frente a la obligación de cumplir con las tareas de una revolución democrático/burguesa, pero sin reforma agraria y sin antiimperialismo. Una especie de reformismo libertario, que debe construirse para sustituir al pensamiento conservador pero sin llegar a ser socialista.

Esto supone, por un lado, para los protagonistas de la política, una enorme responsabilidad, una enorme capacidad creativa, pero también una enorme tentación de traicionar su rol y acomodarse en el nicho que va a dejar esa lumpen- burguesía que será sustituida por el acto electoral. Pero esto nos llevaría a profundizar nuestra desconfianza porque generaría un nuevo fraude a nuestras expectativas.

Y es difícil de pensar, no sólo aquí, también en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos, o en cualquier país de América Latina, sobre todo porque quienes piensan en alternativas de cambio se ubican en lo que llamamos habitualmente la izquierda. Y para la izquierda la idea de la democracia realizada era de etapa, era secuencial, era un tránsito inevitable hacia elementos del socialismo. Pero hoy se nos presenta la tarea democrática sin esa perspectiva socialista y, entonces, la democracia necesita ser considerada como una etapa de largo plazo.

Un horizonte común

¿Y cómo entender esta democracia en el largo plazo sin confiar en los políticos, si pensamos que la democracia misma es inútil para resolver los problemas nacionales en el mundo globalizado por el capital financiero golondrina? Tenemos que repensar nuestra relación con la democracia. La izquierda clásica ha sido devota del estatismo hasta la ingenuidad. Pensaba el Estado como el instrumento transformador. ¿Qué había que hacer?: había que tomar el Estado, establecer la dictadura del proletariado y hacer la revolución. Pero hoy el Estado, en principio, está totalmente desmembrado, desorganizado y, aun ocupando el Estado, por estos desplazamientos del poder, ni siquiera ocuparla el poder. Ocuparía lo que ha quedado del Estado, la administración de la clientela política y la posibilidad de combinar de mala manera los negocios públicos con los privados.

Los papeles se han dado vuelta, porque en lugar de privatizar al capitalismo, hemos privatizado al Estado. Y, en lugar de nacionalizar al Estado, lo hemos subordinado a las transnacionales. Aquí vuelvo a la pregunta convocante esta noche: cuando miramos a los políticos y nos provocan recelo y desconfianza por su actividad, porque parecieran estar navegando en un arca perdida o vivir en una especie de jardín de invierno al que sólo ellos tienen acceso, lo que sucede es que no son ellos los que están fuera de nuestra realidad. Lo que está fuera de nuestro alcance y también de el de ellos, es la capacidad de decisión expropiada por las corporaciones transnacionales. El poder está lejos, se nos ha escapado de las manos. Y si no lo recuperamos, si no intentamos recuperarlo, tampoco recuperaremos la política, porque la política sirve para ejercer el poder y modificar la realidad en algún sentido.

Para poder volver a confiar en la política tenemos necesidad de encontrar valores, aunque sean poquísimos, que nos den un horizonte común. Ninguna sociedad funciona sin tener un destino que englobe a la inmensa mayoría de sus miembros. Y hoy no lo tenemos, hoy nos han fragmentado, nos han convertido en deltas, nos han convertido en pequeños ghettos.

Cualquiera de ustedes que viaje - y seguramente lo hacen- por el interior, no sólo de la provincia de Buenos Aires, sino por todo el interior, desde La Puna hasta Tierra del Fuego, se va a encontrar con que esta República es un inmenso delta de pequeños ghettos solitarios que creen que están absolutamente aislados, fracturados de los demás, que sus problemas son únicos y específicos y que no hay nadie que se ocupe de ellos ni que piense en ellos. Y que, por lo tanto, su lucha es una lucha casi sin destino porque es una lucha aislada, en la que nadie los escucha y nadie puede intervenir a su favor.

En medio de nosotros

Es frecuente que los medios masivos de difusión, sobre todo los audiovisuales, sean el único enlace que nos vincula, nos da motivo de conversación, nos guía. Recuerden cuando se arma la pueblada en el Sur, que los canales de televisión van y transmiten horas y horas desde estas asambleas de vecinos donde discutían el corte de las rutas. Y muy poquito tiempo después, eso mismo se repite en Tartagal. Pero se repite no sólo porque se repite la situación objetiva, sino porque la gente de Tartagal vio cómo funcionaba en la Patagonia y reiteró el esquema. Y después funcionó en Jujuy. Yo estuve hace un mes y medio, dos, dando una charla en La Puna para campesinos indígenas, y ellos hablaban de esas experiencias porque las habían visto en el bar del pueblo, que es el único lugar donde hay tele. Pero lo habían visto. Y las dos coyitas que eran enfermeras del asilo de ancianos de Humahuaca - yo fui al asilo con el obispo -, estaban sentadas viendo TN. Y cuando viajé a Río Gallegos a dar una charla, entré al hotel, encendí el televisor y seguí viendo el programa de noticias que había dejado de ver dos horas y media antes, cuando subí al avión en Bahía Blanca. Este poder de atravesar en todos los sentidos a la sociedad hace que los medios aparezcan ante nosotros como elementos que nos reflejan mejor que lo que nos reflejan nuestros líderes políticos. Mientras nosotros nos inundamos, en los medios aparecemos inundados. Mientras tanto, los políticos están en otras cosas, en otros lugares, también lejos de la gente.

Frente a una crisis cualquiera -van a subir las tasas, no van a subir?; ¿se va a aprobar la reforma laboral?; ¿el juez Oyarbide irá preso o se va a salvar?-, ¿quién nos informa con más rapidez y nos da sentido? Los medios.

En ellos vamos a encontrar la noticia y el comentario. En el accionar político estos procesos informativos son más lentos. Se tiene que reunir la conducción del partido, elaborar la situación, buscar información, bajar un informe, que éste llegue. Es decir, frente al mismo proceso, el sistema de debate y reflexión de la política es infinitamente más lento que el de los medios. Ellos se hacen cargo de nuestras angustias. Ellos se ocupan de nuestra realidad. Nosotros aparecemos en los medios, aparecen las huelgas, los movimientos populares. los vecinales, todos tienen su pedacito en los noticieros y en esa misma medida se hacen parte de nuestra vida.

Fragmentación y concentración

Pero, ¿quiénes son estos medios? En ellos ha habido un doble proceso, que también es de orden internacional. Hay un proceso de fragmentación muy grande, periodismos locales, FM, televisión por cable, que tiende a multiplicar los medios en la base de la sociedad. Recién me saludaba un colega que me hablaba de su diario de 40 años en la zona; es decir, algunos son muy tradicionales, pero hay una infinita cantidad, sobre todo de FM nuevas. Por ejemplo, en la ciudad de Tucumán hay 41, en Río Gallegos hay 29, en Córdoba hay más de 50, en Neu-

quén superan las 100, la Iglesia tiene 88 en funcionamiento y piensa tener 200 en un plazo de dos años. Es un proceso enorme de fragmentación.

Pero al mismo tiempo hay un proceso de concentración de la propiedad muy fuerte, que sale en los diarios - ustedes lo han visto -, en televisión: el CEI, del Citibank, ha pasado a ser el dueño del 60% de la televisión en la Argentina. Es el mismo banco que preside el Comité de la deuda externa argentina y el que respalda la política económica neoconservadora. Esto quiere decir que nosotros desconfiamos de los políticos porque están inscriptos en este tipo de política, pero confiamos en los medios cuyos propietarios son los mismos que imponen esa política. Dado el alcance público que tienen los medios -el 93% de los hogares argentinos tiene televisor- y su alta credibilidad, han atraído a los políticos como el escenario favorito para la representación de la política. A medida que esto sucede, el lenguaje de los medios se impone sobre el de la política, la imagen de los candidatos pasa a ser más importante que sus ideas.

Qué bajón

Dado que los medios son sensacionalistas por la naturaleza de sus negocios- mantener audiencias cautivas que consuman publicidad comercial, fuente de financiamiento de los medios- contaminan con su estilo a la política, que se convierte en materia de crónica roja, un espacio para la denuncia de escándalos, los expedientes judiciales o los prontuarios policiales. No es que la corrupción no deba ser combatida, pero no será en la televisión donde el tema quede resuelto, ni es el único asunto de gravedad institucional y urgencia en el país.

Los medios son pesimistas por lo general, en la medida en que sólo muestran o ponen el acento en los aspectos más sombríos de la sociedad, en los más escandalosos como títulos policiales. No son ellos, por supuesto, los que deberían animar nuestras esperanzas, sino los políticos, pero éstos se pliegan a la video- política y al final recibimos la sensación de que está todo dicho y nada se podrá cambiar hasta vaya a saber cuándo.

¿No es un poco absurdo que yo desconfíe de un vecino porque creo que es ladrón, pero le dejo la plata para que pague al carnicero? La contradicción entre el pesimismo resignado y la decisión de cambiar el rumbo, en última instancia, ni siquiera depende de los políticos, mucho menos de los medios, sino de la propia fuerza social. Los que damos la credibilidad o la quitamos somos todos nosotros: el poder, en realidad, es nuestro cada vez que se puede expresar con libertad y determinación.

Basta de llorar

Hay que pensar - con la cabeza lo más abierta posible- en las novedades que nos propone el mundo y establecer en principio desconfianza hacia nuestras propias ideas, porque muchas de ellas ya no tienen que ver con el mundo en el que vivimos, con la convicción de que la sociedad es el albañil que construye la casa; unos harán el diseño, otros harán los cálculos, otros pondrán la plata, pero sin ese albañil la obra no se realiza. Y ese albañil, según hemos comprobado en los últimos veinte años, no puede ser de la derecha. Porque la derecha construye las paredes torcidas y laberintos en los que - incluso- sus propios hombres se encuentran hoy perdidos. ¿Cuál es la propuesta de Roque Fernández?, ¿qué tiene de nuevo la propuesta? Por eso se habla de piloto automático, porque el tipo no hace más que repetir.

¿Cuál es la propuesta nueva que tiene ese mensaje que lo convirtió a Cavallo. allá en el '91-'92, en una especie de rey Midas que todo lo que tocaba se iba a convertir en oro? Ni siquiera él se ha logrado convertir en lo que pretendía.

Esta idea tiene que venir desde la izquierda, en su sentido más amplio, no estoy refiriéndome a una serie de agrupaciones partidarias, sino a un pensamiento, a una cultura. Una cultura de la transformación, no del retroceso. Creo que es hora de parar el llanto por lo que no fue o no pudo ser, por lo muros caídos. Aprendamos de los aciertos y los errores del pasado. El futuro nos necesita como protagonistas de un conflicto que, en lo esencial, sigue siendo el mismo, el conflicto entre el statu quo y el progreso; el conflicto entre el explotador y el explotado; el conflicto entre los que quieren mantener la injusticia y los que queremos que haya más justicia y libertad cada día. Gracias.